

CAPÍTULO IV

Conventos de Avila, recuerdos de Santa Teresa



UEVE de religiosos comprendía la población, cuyo orden de importancia no anda de acuerdo con el cronológico. Al de los Benedictinos, si atendiéramos á su título de la Antigua que pretende justificar con recuerdos no sólo del siglo XIII sino aun de la edad de los godos, correspondería un venerable templo bizantino; y sin embargo no presenta por fuera al lado de San Pedro más que un portal de medio punto orlado de una sencilla moldura, una ventana ojival encima, y á la espalda un cubo renovado. Era priorato dependiente del célebre monasterio de Valvanera, cuando la inagotable munificencia del repetido Juan Núñez Dávila (1), reedificó

(1) El restaurador de la parroquia de la Trinidad y de la ermita de Nuestra Señora de las Vacas y fundador de la del Cristo de la Luz.

la iglesia en 1469. Nuño Mateos, caudillo tan valeroso como prudente consejero de la reina Berenguela, fundó en 1209 bajo el nombre de Sancti Spiritus uno de Premostratenses, cuyas ruinas se distinguen todavía en las huertas del sur, y cuyos moradores después de la invasión francesa que lo destruyó habitaban provisionalmente en la calle de Tallistas frente al postigo de la Catedral. El de san Francisco existía ya en 1294, pero fueron tan considerables los engrandecimientos que recibió de sus favorecedores que no es dable formar idea de su primera estructura.

Al acercarse á su quebrantada mole que descuella allá bajo al extremo nordeste del arrabal, nótase en ella predominante el estilo de la decadencia gótica coincidiendo aproximadamente con los tiempos del dadivoso obispo franciscano fray Ruíz, á cuyas expensas consta haberse construído el claustro demolido en la actualidad. Cuatro anchas bóvedas de crucería cuenta la espaciosa nave ojival, y sobre otra muy plana descansa en alto el vasto coro. Hasta la capilla mayor, que había erigido hacia 1430 Álvaro Dávila, mariscal de Castilla, para entierro suyo y de sus descendientes los Bracamontes, se acomodó en la citada época al nuevo gusto en sus ventanas semicirculares y en sus machones perfilados de bolas de arriba abajo como las esquinas de la torre de la catedral. Grandes incendios dieron ocasión á diversas renovaciones, costeadas unas por el maestrescuela don Alonso de Henao, otras por el obispo fray Diego de Angulo á fines del siglo xvii; y así se explica que entre los botareles del frontis campee una portada greco-romana. Las capillas, donde se procuraban sepultura los nobles ciudadanos, entre ellos los padres de santa Teresa, ofrecen el aspecto de grandes panteones: la de San Antonio de Padua contigua á la mayor la supera en magnitud y elegancia, avanzando exteriormente á su lado como un ábside principal respecto del menor, y describe un octógono cerrado por linda estrella; otras dos cuadrilongas, á la izquierda del crucero y á la derecha de la nave, se ven rodeadas de nichos

apuntados, y en los de la última por dentro aparecen restos de pinturas góticas, sin conservar de sus destrozados sepulcros más que una yacente estatua en hábito religioso.

Del Carmen Calzado no queda más que la espadaña de tres arcos en el primer cuerpo y uno en el segundo, construída sobre una torre de la muralla junto á la puerta de su nombre; el convento se ha convertido en cárcel y se ha arrasado la iglesia que fué parroquia de san Silvestre hasta que en 1378 la obtuvieron los frailes, y de la cual se dejaron en pié la capilla mayor y las dos colaterales en la restauración que de ella hizo hacia 1439, á lo que dicen, el generoso Juan Núñez Dávila. En una de las mismas, según Ayora, yacía Zurraquín Sancho el héroe de los cantares (1).

La primacía entre los conventos de Ávila pertenece al de Dominicos puesto bajo la advocación de santo Tomás probablemente el de Aquino, aunque su fundación no data sino de 1478. Debióse á la ilustre doña María Dávila viuda del tesorero Arnalte y en segundas nupcias de don Fernando Acuña virrey de Sicilia; pero le comunicó un desarrollo extraordinario el alto favor de que gozaba con los reyes Católicos aquel fray Tomás de Torquemada, á quien para gloria los unos y para baldón los otros han atribuído la principal parte en el establecimiento de la inquisición. Duraron las obras de 1482 á 1493 con el producto de los cuantiosos bienes confiscados á herejes y judíos, cuyo osario después de su expulsión fué dado en propiedad á los religiosos (2); en su altar se depositó para rendirle perenne culto la hostia portentosa quitada á los homicidas del niño de la Guardia y acusadora de su delito; en su capilla mayor se colocaron los primeros sambenitos que se conocieron en Castilla; y así no es extraño que para poner al abrigo del odio y venganza de los conversos aquella grandiosa casa cimentada sobre su ruina,

(1) Véase atrás pág. 307.

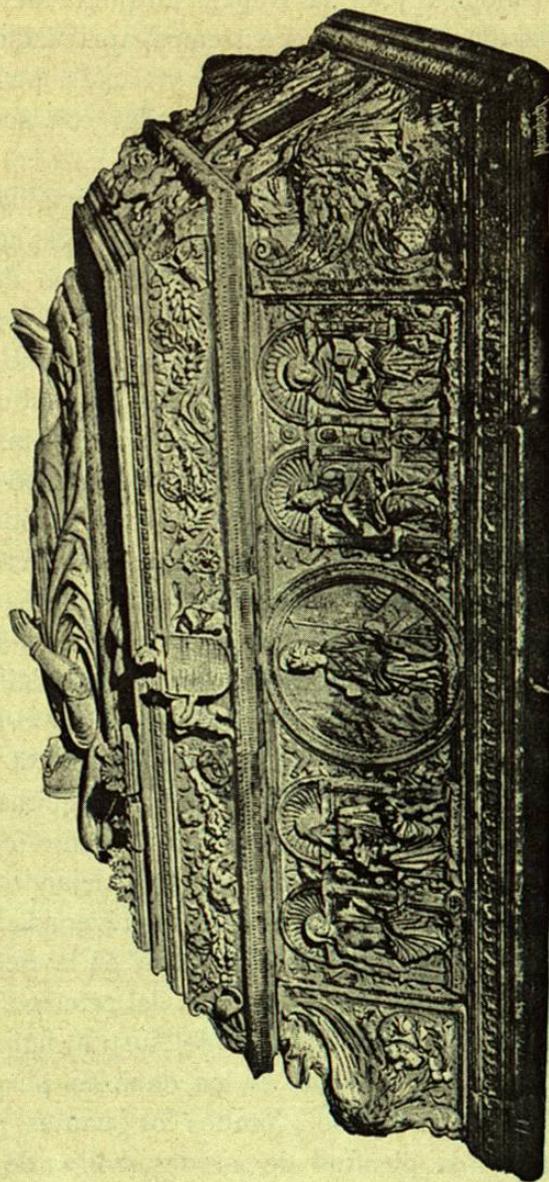
(2) Hicieron gracia de él al convento los reyes Católicos en Medina del Campo, á 23 de marzo de 1494. *Arch. munic.*

prohibiese el papa en 1496 admitir en ella á ninguno de sus descendientes. Erigieron los augustos esposos en el mismo local universidad de estudios, que confirmada en 1638 por Felipe IV y autorizada para conferir grados en las diversas facultades, floreció hasta tiempos muy recientes. Distantes se hallaban aún de pensar que las grandezas y distinciones allí acumuladas hubieran de completarse en breve con otra harto fatal y dolorosa, de enterrar en dicho suelo sus esperanzas más queridas, y que el templo apenas concluído en octubre de 1497 hubiese de acoger los restos de su único hijo varón, el malogrado príncipe don Juan, en vida de los tristes padres (1).

La suntuosa obra lleva el sello de su reinado: portales, ventanas, cornisas, machones, las líneas todas rectas y curvas, horizontales y perpendiculares, lucen su imprescindible guarnición de perlas; un arco escarzano, cuyos estribos sobresalen de la fachada, encierra el ingreso conopial profusamente bocelado y lleno de imágenes de santos de la orden, bien que á decir verdad en sus doseletes y demás labores se acredita más de rico que de primoroso; encima de la claraboya y debajo del ático triangular resalta el escudo soberano. Los copudos árboles que dan sombra al atrio es la compañía que buscó sin duda el vasto edificio al asentarse en medio de los campos al oriente de la población. Despejada, majestuosa y sin blanqueo la nave, sembradas de doradas claves y formando elegantes estrellas sus cinco bóvedas y las del coro, de cortos brazos el crucero, poco profunda la capilla mayor, semicirculares las ventanas y los arcos de las capillas, caracterizan perfectamente el postrer período del arte gótico. No hay, empero, más vidrieras de colores que la de un rasgado ajimez en el brazo izquierdo, donde brillan las figuras de la Virgen y de santo Domingo. La sillería del

(1) Del fallecimiento del príncipe en Salamanca hablamos al principio de este tomo. Como patrono de la capilla mayor de Santo Tomás fué acompañado su cadáver á Avila con gran pompa, y no fué menor la del recibimiento que se le hizo. Desde entonces, según algunos, reemplazaron á la jerga blanca los lutos negros.

ÁVILA



SANTO TOMÁS.—SEPOLCRO DEL INFANTE DON JUAN II, HIJO DE LOS REYES CATÓLICOS

coro despliega la más sutil filigrana en sus respaldos, en sus festoneados conopios y en la trepada arquería de su coronamiento; y las dos sillas de los extremos, apellidadas *de los reyes* y marcadas con la divisa del yugo y saetas, podían dignamente cobijar á los esclarecidos huéspedes con su magnífico pináculo de crestería.

Á la altura casi del coro se levanta en la capilla mayor el altar sobre un arco rebajado, sin duda para que no embarace su vista el precioso túmulo colocado en el centro del crucero, destacando en el testero el gótico retablo con las pulseras que lo encuadran, con el guardapolvo que cubre el nicho principal y con las pilastras y labores que engastan las pinturas. Las de abajo representan dos doctores y dos evangelistas de medio cuerpo, pasajes de la vida del santo las del cuerpo superior, y varios ángeles otras más pequeñas. Pero la atención desde luego se concentra en el mausoleo de blanquísimo alabastro, donde yace segado en flor, el heredero de tantas coronas. La urna forma plano inclinado por sus cuatro caras: altivas águilas flanquean sus ángulos, en sus costados aparecen medallones de la Virgen y del Bautista y figuras simbólicas de las virtudes teológicas y cardinales, y rodean el borde de la cubierta ángeles con blasones, calaveras y trofeos enlazados con guirnaldas. Rige puramente en toda ella el estilo del Renacimiento, como hecha por escultor italiano, por micer Domenico Alejandro florentino, el mismo que trazó más adelante para la universidad de Alcalá el sarcófago del inmortal Cisneros; mas en la ejecución lleva ventaja á lo restante la tendida estatua del príncipe, labrada de orden de su joven viuda Margarita de Austria, figurándole con diadema en la cabeza, envuelto en los flexibles pliegues de su manto, con la espada al lado y tirados los guantes, mancebo no llegado todavía á la plenitud de su desarrollo, de tan tierna edad y de rostro tan apacible que no se hartan los ojos de mirarle. La reja puesta al rededor del sepulcro se atribuye al cuidado de la afligida madre, aunque la inscripción que mezcla su

elogio con el del hijo parece indicar que también ella habría fallecido al erigirse el monumento (1).

Poco menos espléndido y obra probablemente del mismo artífice es el entierro que en la cuarta capilla de mano izquierda, obtuvieron Juan Dávila y Juana Velázquez de la Torre su mujer, *amos del príncipe* según el epitafio, y padres sin duda de Juan Velázquez tesorero del mismo, que tan solícitamente intervino en prepararle su postrer morada. Yacen las efigies de los dos esposos, de tamaño menor que el natural, encima de la tumba adornada igualmente de esfinges en sus cuatro esquinas y de medallones que presentan á Santiago en batalla con los moros y á san Juan evangelista en la caldera de aceite (2); á los lados del altar dos nichos sencillos de piedra berroqueña, recuerdan la memoria de otro Juan Dávila abad de Alcalá la Real cuyas mandas pías se enumeran, del primer conde de Úceda Diego Mejía de Ovando, y del referido Juan Velázquez Dávila primer marqués de Lorianana. Entre la inmediata capilla y el crucero había otro magnífico sepulcro de alabastro, del cual sólo quedan para atestiguar su excelente escultura, una de las esfinges angulares y la mitad superior del grandioso bulto, que debió ser de insigne personaje según el collar que resalta sobre su coraza de guerrero. Á la derecha la capilla de los Bullones y algunas otras contienen lucillos de más reciente data.

(1) Un tarjetón, colocado á los piés del túmulo á la parte del altar mayor, contiene el siguiente letrero: *Joannes Hispaniarum princeps, virtutum omnium, bonarum artium, christianæque religionis verus cultor, patriæ parentumque amantissimus, qui paucis annis magna prudentia, probitate pietateque multa bona confecit, conditur hoc tumulo, quem Ferdinandus catholicus rex invictus, ecclesiæ defensor, optimus, pius pater condere imperavit, genitrix vero Elisabeth regina pudicissima et omnium virtutum armarium testamento fieri jussit; vixit annis XIX, obiit MCCCCXCVII.* Dentro de la reja se lee: *Per Joannem Velasquez ejusdem principis quæstorem ærarium atque familiarem amantissimum hoc opus procuratum opeque est completum.*

(2) El epitafio dice así: «Los señores Juan Dávila y doña Juana Velasquez de la Torre su mujer, amos del muy alto y muy poderoso príncipe don Juan; finaron el Sr. Juan Dávila año de MCCCCLXXXVII y la Sra. D.^a Juana año de MDIII.» La estatua del caballero viste una curiosa armadura, y á sus piés está el paje con el casco. Ayora menciona como ayo del príncipe á Gonzalo Dávila de la casa de los señores de Navamorcuende.

Una desnuda losa de pizarra sin rastro de letrero cubre, según se nos dijo, las cenizas de Torquemada en el centro de la vasta sacristía: la tumba del primer inquisidor general ha sido más respetada que su memoria. Fortuna ha sido que en los últimos trastornos la animadversión al fundador no se haya hecho extensiva al convento, y que rescatado de la ruina por la regia liberalidad, sirva á objeto muy análogo al de su erección, destinado á la enseñanza como seminario menor, bajo los auspicios del actual prelado. Diez arcos por sus cuatro alas presenta el despejado y alegre claustro principal titulado *de los Reyes*, los inferiores de medio punto y festonados de bolas al par de los pilares octógonos que los sustentan, los superiores trazados con rompimientos á manera de los de alcova; y á la misma época corresponden varios portales distribuidos por sus ánditos. Igual forma reproducen respectivamente, aunque en más reducido espacio, las galerías baja y alta del claustro procesional, adornada la primera con hermosa crucería en sus bóvedas, y la segunda con guirnalda en sus enjutas y con el nudo gordiano y los manojos de flechas en su antepecho. Al noviciado pertenecía el tercer claustro de arcos rebajados en su segundo cuerpo, y aún hay otro patio denominado de la galería; tal es la extensión de aquella fábrica imponente.

En la parroquial de San Gil, como ya indicamos, establecieron los jesuitas su iglesia y en las contiguas casas episcopales su colegio por el año de 1553, merced á la especial protección del obispo don Diego de Álava y al crédito de los padres Fernando Álvarez del Águila y Luís de Medina. Setenta años después compraron la mansión de los Dávila señores de Navamorcuende y Villatoro, asomada á la muralla de mediodía que contrajeron la obligación de conservar, y para instalarlos allí con la misma grandeza que en otras poblaciones les franqueó sus caudales el cardenal y patriarca de Indias don Diego de Guzmán; pero su muerte en 1631 dejó suspendidos los magníficos proyectos, y con menos ostentación se edificaron el nuevo

templo y colegio, que sirven al presente desde la supresión de la Compañía en el siglo pasado, el uno de parroquia de Santo Tomé y el otro de palacio episcopal. Á la primitiva casa de los hijos de Loyola pasaron en 1624 los Jerónimos recién domiciliados en el vecino lugar de la Serrada, como herederos de los bienes del noble Suero del Águila por extinción de su descendencia; la fábrica de sillería reforzada con estribos, perdió todo carácter con la reparación acaso que en 1662 remedió los estragos de un voraz incendio, pero encima de su doble portal se observa todavía el nombre de Jesús, divisa de aquellos intrépidos regulares.

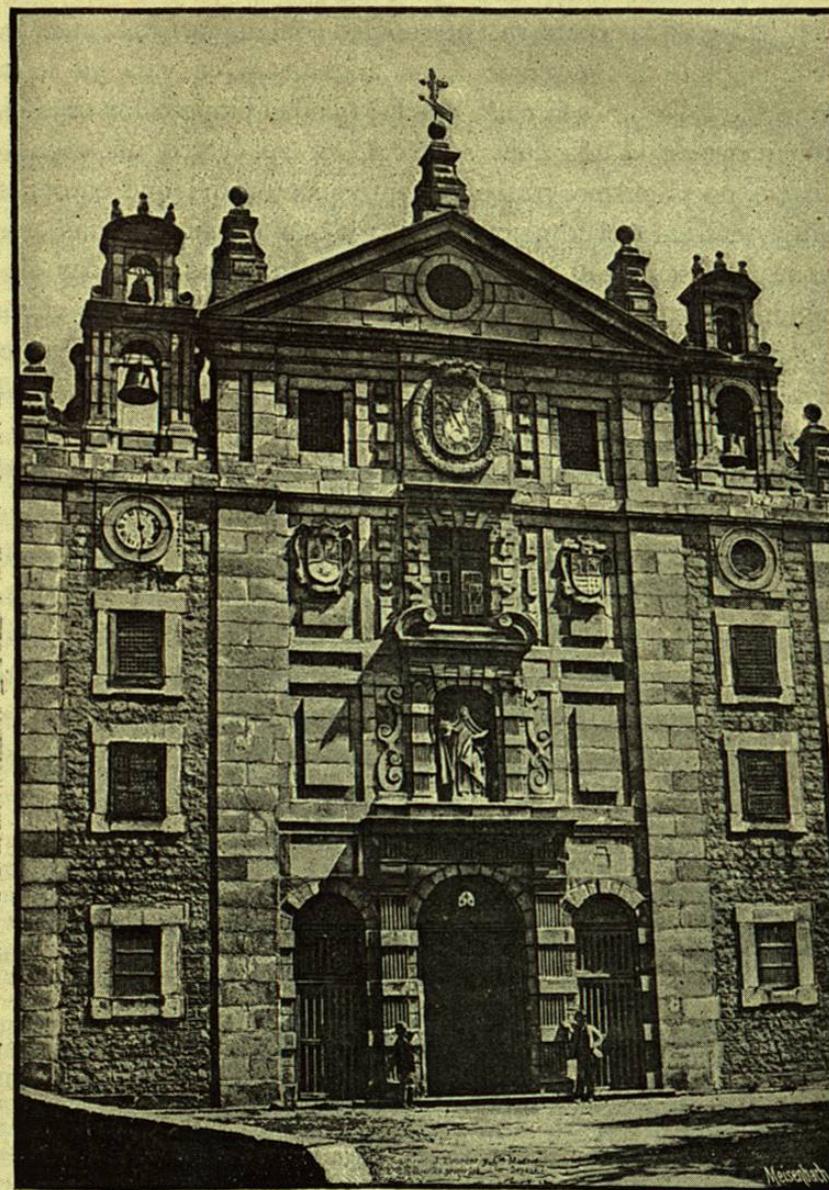
Hijo del expresado Suero y último vástago de su estirpe fué Rodrigo del Águila, mayordomo de la emperatriz doña María, el cual fundó hacia 1583 un convento de Franciscos Recoletos con el título de San Antonio, y al fallecer en 1608 recibió sepultura en la capilla mayor al lado de su mujer doña María de Tapia. La reducida iglesia nada ofrece de notable sino la capilla de nuestra Señora de la Portería, que la iguala en capacidad; pero deleita por extremo su situación en el fondo de umbrías alamedas á la salida del arrabal de levante. Plantáronse al tiempo ó tal vez antes de construir el edificio, demostrando con su vigor y espesura la multitud de generaciones que han acudido á solazarse en ellas, y el dragón que adorna una de sus fuentes, labrado en enorme pedrusco, se envanece de haber excitado la admiración de Felipe III y de su corte, con los siete chorros altísimos que por fauces y cola despedía.

En Ávila florecían como en su nativo suelo los Carmelitas descalzos, que introducidos en 1600 por el obispo Otaduy, después de alojarse temporalmente en la ermita de San Segundo y en el que más adelante fué hospital de la Misericordia, se fijaron en 1636 con el favor del conde duque de Olivares su patrono en la misma casa solar de su madre santa Teresa. No hay que decir si cambiaría de forma la morada de Alonso de Cepeda para convertirse en iglesia y convento: la fachada de la

primera, erigida en época ya contagiada de barroquismo y decorada de pilastras, presenta en el cuerpo inferior un pequeño pórtico de tres arcos, en el segundo la figura de la santa, una ventana en el tercero y en el cuarto un grande escudo, rematando en frontón triangular entre dos espadañas; el convento ha venido á parar en instituto literario, si bien queda albergue en él para dos religiosos que cuidan del templo. Respetamos el pensamiento de dedicar al culto de Dios y de sus santos los lugares que habitaron éstos durante su vida mortal: pero ¡cuánto más nos hablarían al corazón las paredes que fueron testigos de los primeros años de la ilustre virgen, que aquel vasto crucero y media naranja blanqueada y fría, aquellas bóvedas cubiertas de labores de yeso, y aun el retablo que la representa entre nuestra Señora y san José al pié de la augusta Trinidad! ¡Cuánto prefiriéramos ver intacta la cámara donde la dió á luz en 28 de marzo de 1515 la honesta Beatriz de Ahumada, que la capilla locamente churrigueresca que la ha sustituido puesta en comunicación con la iglesia y que guarda como preciosas reliquias el báculo, el rosario, una sandalia y hasta un dedo de la mística doctora! No había estancia que no encerrase algún recuerdo de su piadosa niñez, de su tentada mocedad, de sus aficiones tan tiernas de familia; allí las infantiles ansias del martirio y la fuga concertada con su hermano y las ermitas improvisadas por juego en la huerta, las lágrimas vertidas por el fallecimiento de su madre á los trece años, más tarde las caballerescas lecturas interrumpidas por vagos deseos y hasta sus precoces ensayos en composiciones tan distintas de las que habían de darle inmortal renombre, las peligrosas pláticas con su liviana parienta, el afán de galas y de parecer bien cediendo de pronto á una decidida vocación religiosa, y su salida para el claustro, espontánea sí, pero tan angustiada como la misma muerte (1). Allí la llevaron á los dos años de su profesión en-

(1) «Acuérdaseme á todo mi parecer y con verdad, dice la santa en el cap. IV

ÁVILA



CONVENTO É IGLESIA DE SANTA TERESA